

José Enrique Covarrubias

*Visión extranjera de México, 1840-1867*

*1. El estudio de las costumbres  
y de la situación social*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis  
Mora

1998

184 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 31)

ISBN 968-36-6781-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 28 de septiembre de 2017

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision\\_extranjera/345.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/vision_extranjera/345.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

## II. CARL C. SARTORIUS

En Eduard Mühlenpfordt tuvimos un ejemplo de lo que resulta de una observación social basada ante todo en el análisis y el abordaje de perspectivas múltiples. El caso de Carl Christian Sartorius nos permitirá apreciar una modalidad más sintética y atenta a una característica fundamental del fenómeno social: la organicidad. Con él se justifica hablar, por lo tanto, de una auténtica síntesis sociológica, atendida no sólo al lazo orgánico social sino también a ciertos rasgos precisos de lo que Montesquieu había llamado el espíritu general de la nación.

Desde luego, los logros de Sartorius en este sentido son el resultado natural de una prolongada estancia en México. De los demás autores presentados, sólo Mathieu de Fossey y Niceto de Zamacois escribieron sobre la base de una experiencia comparable. Sartorius se trasladó muy joven a México, en 1824, después de una agitada vida estudiantil en el gran ducado de Hessen-Darmstadt,<sup>1</sup> donde fue muy activo en el movimiento nacionalista surgido a raíz del dominio napoleónico y de la consecuente restauración conservadora.<sup>2</sup> Traslado a México en calidad de perseguido político,<sup>3</sup> este inmigrante se propuso llevar una vida acorde con sus ideales de autonomía y esfuerzo personales, de manera sencilla y en contacto directo con la naturaleza y los hombres del campo. En la década de 1830-1840 se dedicó a trabajar la hacienda azucarera de El Mirador, en el estado de Veracruz, que absorbería la mayor parte de sus afanes a lo largo de su vida.<sup>4</sup> Tras de una estancia en Alemania hacia mediados del siglo, Sartorius retornó a México, donde residiría hasta su muerte en 1872. Algunos años antes de morir tuvo la oportunidad de conocer a Maximiliano y expresar su desacuerdo con el proyecto de monarquía, que consideraba inadecuado para este país. Sin duda, el hacendado tenía una idea

<sup>1</sup> Sartorius había nacido en 1796 en Gundernhausen.

<sup>2</sup> Sobre la vida de Sartorius y el contexto en que él y otros jóvenes alemanes se involucraron en ese movimiento político, puede verse, de Wilhelm Pferdekamp, *Auf Humboldts Spuren. Deutsche im jungen Mexiko*, München, Max Hueber Verlag, 1958, p. 153-172, así como el ya citado libro de Brígida von Mentz, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1982, p. 59-62.

<sup>3</sup> A raíz del asesinato del dramaturgo August F. Kotzebue por un joven fanático, se desató la represión de las máximas autoridades de la Confederación Germánica contra los "demagogos" opuestos a la política conservadora de Metternich, el famoso canciller austriaco.

<sup>4</sup> También por entonces impulsó un proyecto de comunidad ideal integrada por inmigrantes alemanes. El plan no tuvo éxito y la comunidad debió disolverse.

completa y sólida de la sociedad mexicana, por lo que no carecía de conocimiento de causa en esto.

Al emprender la reseña de la observación social de Mühlénpfordt comencé con sus afirmaciones sobre los indígenas. De una misma manera introduzco al lector al rico cuadro social ofrecido por Sartorius en su libro *México hacia 1850*,<sup>5</sup> en lo que, por lo demás, me ajusto a su plan de presentación de la población del país.<sup>6</sup> Desde un comienzo serán evidentes algunos contrastes importantes en la percepción social de ambos autores, inspirados por igual en el espíritu científico de Humboldt.<sup>7</sup>

Si Mühlénpfordt subrayaba el talante melancólico de los indios mexicanos, el hacendado de Veracruz se muestra en franco desacuerdo con una opinión de este tipo. Su larga experiencia en México le ha permitido formarse una idea muy diferente sobre los naturales del país:

El indio tiene una apariencia peculiarmente triste; hay una expresión melancólica en las comisuras de su boca; al menos así nos pareció. Pero no es así en realidad. Nunca he visto gente más alegre que estos indios cuando se juntan: suelen charlar y bromear hasta horas avanzadas de la noche; se divierten con sus guasas y sus frases de doble sentido; son afectos a los juegos de manos y ríen alegremente.<sup>8</sup>

Resulta, pues, que en lo profundo no son tan serios. Según Sartorius, las ocasiones de gran efusividad para los indios son las reuniones en

<sup>5</sup> Libro que apareció originalmente en Alemania con el título de *Mexiko. Landschaftsbilder und Skizzen aus dem Volksleben* (es decir, *México. Paisajes y apuntes sobre la vida del pueblo*). Fue publicado en alemán en 1852 y en 1855, y se convirtió en la edición más difundida en ese idioma. El título de *México hacia 1850* de la versión en español de Conaculta (México, 1990) corresponde al de la edición en inglés, publicada en Nueva York en 1858. De esa misma versión procede también la traducción editada por el Centro de Estudios de Historia de México, Conдумex, a cargo de Mercedes Quijano Narezo (*México. Paisajes y bosques populares. México y los mexicanos*, México, 1988), en edición de formato grande y con la inclusión a color de las famosas láminas de Johann Moritz Rugendas que acompañan el texto original. En adelante citaré principalmente la edición de Conaculta, salvo en los casos en que la de Conдумex ofrezca una versión más fiel de la original.

<sup>6</sup> Tras de una extensa parte dedicada a la descripción de los paisajes y fenómenos naturales del gran declive de las sierras hacia el golfo, Sartorius presenta un capítulo general sobre los habitantes de México, para luego pasar a la descripción detallada del perfil físico y moral de los indios. De este último capítulo (el xii) he tomado la información que presentaré a continuación.

<sup>7</sup> Aunque Sartorius se presenta en el prefacio a su libro como un mero ornamentador del gran edificio dejado por Humboldt en su *Ensayo*. Esta afirmación, como la de que su libro se compondrá de meras impresiones personales del país, sin mayor novedad para la etnología o la geografía, me parece a todas luces engañosa y contagiada de una modestia absurda. El lector tendrá ocasión de notar la profundidad y congruencia del escrito de Sartorius, que nos ofrece mucho más que simples adiciones a lo dicho por Humboldt.

<sup>8</sup> Sartorius, *México hacia 1850*, p. 138.

que corre la bebida, como sucede cuando varios se congregan en torno a un expendio de pulque:

Ahora aumenta el alboroto; en algunos grupos las mujeres empiezan a seguir el ejemplo de los hombres; aquí una multitud de gente jaranera da rienda suelta a la alegría y al baile, al son de una jarana (un pequeño instrumento de cuerda); acá y acullá, la creciente hilaridad los pone más tiernos y los de la rueda de bebedores se abrazan unos a otros, pierden el equilibrio y caen en medio de las risotadas de los demás. El embrutecimiento llega a su máximo; nadie se da cuenta de que se ha puesto el sol.<sup>9</sup>

Esta percepción del indio como un tipo capaz de experimentar plenamente la alegría, en ocasiones de manera incontenible, reaparecerá con Lucien Biart en el capítulo v de este libro.

Los indios se muestran en cambio muy apagados, si no es que francamente distanciados, frente a quienes no forman parte de su comunidad. Sartorius menciona, por ejemplo, las continuas falsificaciones arqueológicas realizadas por ellos, de las que los exploradores ingleses han resultado ser las víctimas más comunes. Pero, más allá de su distanciamiento deliberado, el indio alberga auténticos sentimientos de desprecio por quienes no forman parte de su grupo. Por representar al que ha huido de su comunidad, el mestizo aparece ante él como una especie de bastardo, cuya convivencia le repele; tampoco sostiene mayor contacto con los criollos. La astucia viene a ser así el principio básico de sociabilidad entre los indios y el resto de los pobladores de México.

Para Sartorius, la vida indígena se caracteriza por la inercia y el hábito repetido hasta el estereotipo. El hacendado de Veracruz no registra ninguna especie de cariño especial entre los indios, lo que sí notaba el hannoveriano por lo menos en el trato de los padres a los hijos; la misma relación conyugal no parece sostenida por la afectividad sino el simple hábito. En cuanto al respeto profesado a las familias gobernantes de las comunidades indígenas, Sartorius no niega su existencia pero aclara que estos regentes locales suelen administrar los bienes comunitarios sólo en beneficio propio. Todo esto demuestra la pobreza de miras y la falta de cultura que impregnan la vida cotidiana del indio mexicano. Nada tiene de sorprendente que los indios de más edad detesten la reciente costumbre de usar calzado o montar el caballo en vez del burro o la mula. La tónica de la sociabilidad indígena es la de un aferramiento rabioso a las costumbres heredadas y al prejuicio frente a

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 164.

lo desconocido. Los patrones vitales del indio tienden claramente a lo vegetativo, opina Sartorius.

Pese a disentir del hannoveriano en lo relativo a la tristeza indígena, no cabe duda de que entre éste y Sartorius hay una coincidencia total en cuanto al hermetismo como rasgo central del carácter indígena. Esta peculiaridad se hace patente incluso en las relaciones entre los individuos de una misma etnia:

El carácter de las tribus que tuve oportunidad de tratar no es, en lo general, franco y abierto, sino cerrado, desconfiado y calculador. El indio no solamente levanta este muro de defensa contra los miembros de otra tribu y contra los descendientes de sus opresores, lo cual sería muy natural; sino también contra su propia gente. Esta tradición está en su lenguaje, en sus maneras y en su historia.<sup>10</sup>

Expresiones concretas de tal principio de desconfianza y cálculo son las saluciones entre las indias, embrolladas e interminables en la inquisición de la salud de la otra, así como la manera de solicitar favores, que acaece después de haber regalado algo y presentado sus máximos respetos al otro. Como notable de la región de su hacienda, Sartorius se ha visto en el caso de recibir a varias delegaciones de pueblos de indios cercanos. Con base en la experiencia puede asegurar que:

En sus negociaciones los indios actúan como verdaderos diplomáticos, y les gusta expresarse con ambigüedad, con el objeto de poder después interpretar con ventaja para ellos todo cuanto se hubiere hablado. En los tratos con ellos, uno debe tener en cuenta que todas las condiciones sean especificadas de manera precisa.<sup>11</sup>

De nuevo tenemos confirmada la astucia como rasgo fundamental de su sociabilidad con los extraños. Como lo refería el penúltimo párrafo citado, las peculiaridades de un grupo humano como el indígena están dadas en sus maneras, su lenguaje y su historia. Ya hemos visto algo de sus maneras. De las lenguas indígenas que conoce le llama la atención a Sartorius la ambigüedad en la manifestación de los deseos, además de la dificultad patente para expresar las cantidades superiores a la decena. En cuanto a la historia indígena, ésta no parece más que una mera repetición de estereotipos u horizontes culturales, obstaculizadora de todo avance serio en espiritualidad, humanismo y sentido de la belleza auténtica. Este autor no niega ciertamente los lo-

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 140.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 141.

gros científicos y prácticos de las altas civilizaciones prehispánicas, como la inca y la azteca; pero todos esos avances, que tan emocionadas palabras arrancaban a Mühlenpfordt, no le parecen mayor cosa por no haberse sustentado en la práctica humanitaria.

Lo que nos debe interesar es la gran importancia que Sartorius concede a la organización social al tratar de entender la situación de incultura y atraso entre los indios. Así, si entre los incas y aztecas se dio un mayor avance intelectual que entre los demás indios, ello se debe a que “la unión social había procurado [allí] una base para el cultivo intelectual”.<sup>12</sup> Debo decir que una explicación como ésta me parece mucho más convincente que la siguiente, basada en las características físicas del indígena: “Una consideración imparcial y una observación de los indios durante muchos años, me conduce a la conclusión de que, de acuerdo con su organización [corporal] en conjunto, son incapaces de adquirir un alto grado de desarrollo intelectual como la raza blanca”.<sup>13</sup> Este comentario representa un penoso alejamiento del punto de vista sociológico prevaleciente en la mayor parte de su escrito. Su pobre opinión de la cultura indígena lo lleva ahora a hacer concesiones a una teoría racista al estilo de la de Gobineau, constatación confirmada por su explicación posterior de que el atraso intelectual de los indios se relaciona con su anatomía: no tienen “frente alta y ancha”.<sup>14</sup> El alejamiento del cauteloso talante recomendado por Humboldt al tratar de estos asuntos no puede ser más evidente. El famoso viajero nunca incurrió en estos determinismos físicos o biológicos, opuestos a su muy kantiana convicción de la dignidad humana universal. Por fortuna, Sartorius aporta también otro tipo de perspectivas, por lo que omito retomar comentarios tan lamentables como el anterior.<sup>15</sup> Pido al lector retener el énfasis de Sartorius en la índole moral y social —no biológica— del atraso indígena.

Continuemos con el cuadro social en cuestión. Señalados ya sus principales rasgos de carácter y sociabilidad, conviene abordar ahora lo relativo a las actividades materiales de los indios y a su condición socioeconómica. Muy sugerente resultará la observación de Sartorius en torno a esto, sobre todo por su muy fundada convicción de que la situación social de México difiere profundamente de la de los países europeos.

Por lo que toca a las labores de los indios, Sartorius puede decir mucho de su actividad agrícola, aquella a la que él mismo se ha venido

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 140.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 139.

<sup>14</sup> *Ibid.*

<sup>15</sup> Que, por cierto, apenas vuelven a aparecer en su obra.

dedicando desde casi un cuarto de siglo atrás.<sup>16</sup> Primero recuerda que los indios son fundamentalmente campesinos y horticultores, y esto vale tanto para los que viven en las aldeas como en las urbes, donde suelen habitar en barrios específicos. Su condición de propietarios de tierra aparece más nítidamente en las serranías distantes y en las costas insalubres, y esto por razones históricas: en las urbes y las aldeas de la zona central la conquista supuso la expropiación de sus antiguas posesiones territoriales.<sup>17</sup> Sin embargo, Sartorius transmite la idea de una gran diversidad en las formas de propiedad y de usufructo territorial, al tiempo que sostiene que cierto número de indios prefiere trabajar a destajo en las haciendas del altiplano que continuar en su comunidad original, sea de aldea o de ciudad. El jornal en efectivo, la seguridad de una vivienda y del alimento cotidiano, junto con la exención de las aportaciones parroquiales,<sup>18</sup> los impelen a esta forma de trabajo. No se trata, sin embargo, de la mayoría de ellos, lo que por nuestra parte nos podemos explicar por el desprecio que tendrían que afrontar si abandonaran la comunidad indígena original. En otras zonas, como las del declive oriental de las sierras, el trabajo a destajo ocurre con pago adelantado del hacendado, para lo que la comunidad entera funge como fiadora.

Los indios agricultores de las zonas montañosas obtienen sus ingresos fundamentalmente de la venta de sus productos en el mercado. Ya en Mühlenpfordt encontrábamos esta misma observación, lo que no es de sorprender si atendemos a su convivencia con indios enmarcados por un medio geográfico tan accidentado como el oaxaqueño. El hannoveriano, sin embargo, no nos aclaraba por cuáles productos cambia el indio los propios en el mercado. Sartorius sí los menciona —jabón, azúcar, alcohol y sal— y confirma lo relativo al hábito de emborracharse al regresar a su casa. Sin duda, las actividades y productos indígenas observados por Sartorius en Veracruz difieren en algo de los oaxaqueños en Mühlenpfordt. Sartorius subraya más que el otro autor la costumbre indígena de tener huertos y cosechar productos de los bosques sin dueño, sin duda más abundantes en las zonas tropical y subtropical veracruzanas que en las regiones zapotecas, cultivadas y habitadas desde mucho tiempo atrás. También registramos una iigera diferencia en los comentarios de ambos autores sobre las costumbres mo-

<sup>16</sup> La mayoría de las siguientes observaciones también provienen de su capítulo sobre los indios (cap. xii).

<sup>17</sup> Esta explicación sobre el impulso de los indios a habitar zonas de serranía me parece más fundada que la de Mühlenpfordt, quien lo reducía al simple deseo de alejarse de los blancos.

<sup>18</sup> Otra circunstancia que viene a explicar la declinación del poder eclesiástico en esos años.



netarias del indio. Según Mühlenpfordt, el indio va al mercado a intercambiar su mercancía por dinero, que después gastará en la adquisición de otros productos ahí mismo y de la bebida durante el camino. Sartorius nos recuerda que el dinero obtenido en el mercado también servirá para pagar las obvenciones parroquiales. Ambos descriptores coinciden, sin embargo, en la costumbre del “entierro” de dinero por los indios, aunque Sartorius no lo atribuye a que no sepan qué hacer con él o a una inclinación pedagógica de signo espartano, sino a la necesidad de darle un resguardo seguro.<sup>19</sup>

Si el indio dedica buena parte de su actividad al trabajo agrícola, es poco en cambio lo que realiza en el ramo artesanal, asegura Sartorius. De cualquier manera, la población indígena muestra inclinación y capacidad para las artes y las manufacturas, patente tanto en sus productos de ornamentación, religiosa y mundana, como en el tejido de palma, la elaboración de cordeles y el labrado de utensilios domésticos de madera y de instrumentos de cuerda. Sus cordeles, por cierto, darán ocupación a los trabajadores de la ciudad especializados en su manejo, como lo deja en claro un pasaje del capítulo xv, dedicado a la vida en la ciudad. Por la índole de las elaboraciones artesanales mencionadas, cabe deducir que la industriosisidad indígena, al menos en zonas como la veracruzana, se ve fuertemente impulsada por el consumo urbano. Más adelante, al analizar las aportaciones de Lucien Biart, también familiarizado con las costumbres de la zona veracruzana, constataremos el importante papel del indio de tierra caliente como enlace económico entre esa región y la templada. En cuanto a Sartorius, éste nos muestra muy claramente su importancia como vínculo comercial entre el campo y la ciudad.

Si hubiera que resumir la percepción de los indios de México por Sartorius, ésta quedaría sintetizada en la siguiente frase: “un pueblo distinto dentro del mismo pueblo”.<sup>20</sup> La causa principal de esta gran separación no es el régimen político o el legal, y menos aún el *status* económico o la estructura socioeconómica. Sartorius niega enfáticamente que el indio sufra esclavitud por motivo de deudas, como diversos autores previos a él lo han sostenido:

hoy por hoy no están oprimidos, ya que gozan de los mismos derechos que los demás habitantes del país: son ciudadanos libres y manejan ellos mismos los asuntos de sus respectivas comunidades. Por lo tanto, no existe el menor motivo de descontento. Por otro lado, haría falta

<sup>19</sup> Explicación que me parece de alcances más generales que la de Mühlenpfordt.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 163.



[para su rebelión contra el resto de la población] la unión entre ellos que no existía aún antes de la conquista española; las diversas tribus pequeñas estaban sometidas a la dictadura de los aztecas.<sup>21</sup>

Es falso, pues, que sean explotados por los blancos, y su encadenamiento por deudas a las haciendas sólo se explica por su libre decisión de llevar las cosas de esa manera.<sup>22</sup> Más bien es la férrea cohesión de la comunidad indígena, junto con su notable perseverancia,<sup>23</sup> lo que los hace impermeables a los estímulos intelectuales externos y junto con esto a una mayor integración con el resto. No niega el hacendado que existen indios ilustrados, y en gran número por cierto. Sí afirma, sin embargo, que si un indio estudia teología, ello se deberá más a la presión de la propia comunidad que a una iniciativa personal: la comunidad lo necesita de sacerdote. Además, la jerarquía gobernante de los pueblos indios suele imponer en forma tan absoluta su idea sobre las cosas que el mismo cura se ve expulsado si no se pliega a ella.<sup>24</sup>

En contraste con otras obras extranjeras de los mismos años, la del hacendado deja muy en claro el misterio y la complejidad que envuelven la vida de ese sector de la población. Sin embargo, Sartorius está tan interesado en demostrar la fuerte cohesión comunitaria indígena que olvida señalar las diferencias de posición socioeconómica entre los indios, como sí lo hacía Mühlenpfordt. Asimismo, su idea de la trayectoria histórica indígena como de eterno retorno resulta francamente primitiva para las miras antropológicas y etnológicas actuales. En contrapartida, su escrito ilustra bien sobre la creciente diversificación de las formas laborales de los indios, así como sobre la insubordinación de éstos a la autoridad clerical, que también va en aumento. Estas observaciones reflejan la situación de cambio de la sociedad y economía mexicanas en esa época de medio siglo.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>22</sup> Y, en efecto, estudios recientes han venido a cuestionar la idea tradicional de que las tiendas de raya fueran indefectiblemente mecanismos de explotación. En algunos casos los trabajadores contaban con saldo positivo. Véase, por ejemplo, de Cheryl E. Martin, *Rural society in colonial Morelos*, Albuquerque, University of New Mexico, 1985, p. 145. Esta historiadora sostiene que el peonaje de deuda en esa zona reflejaba más el poder de regateo de los trabajadores que el doblegamiento de que podían ser objeto, para lo que cita en su apoyo bibliografía de Brading, Tutino y Van Young. Si tal era la situación en la era colonial, en el siglo XIX tuvo que ser aún más laxa, dado el aflojamiento del control político, social y eclesiástico.

<sup>23</sup> Sartorius, *op. cit.*, p. 140.

<sup>24</sup> Hecho constatado también por Charnay en su ya citado *Le Mexique*, p. 183, en que explica que la posibilidad de matrimonio civil introducida por los liberales ha ocasionado que las comunidades indígenas oaxaqueñas comiencen a arreglárselas ya sin el cura. Aquí aflora, pues, ese impulso a independizarse del sacerdote que venía desde tiempo atrás.

Presentadas las peculiaridades de la sociabilidad indígena, veamos las que Sartorius menciona como más significativas del resto de la población. Al igual que Mühlenpfordt, el hacendado asume una triple división general (indios, mestizos y criollos),<sup>25</sup> a partir de la cual establece matices relevantes, sobre todo en lo relativo a su forma de vida. Buen punto de partida es su caracterización del criollo y del mestizo, que nos permitirá ir precisando los principios de sociabilidad correspondientes.

Respecto del criollo, Sartorius emite una apreciación que equilibra los aspectos favorables y los desfavorables:

Aunque el criollo es ignorante, posee un cierto refinamiento natural, cortesía y donaire; es ambicioso y vanidoso y si falta la base de una instrucción sólida, que por cierto es lo frecuente, muy pronto nos damos cuenta [de] que es superficial. La vanidad lo lleva a sobrestimar exageradamente su propio valor, no sólo en lo personal, sino como nación.<sup>26</sup>

Según este autor, la derrota de 1847 frente a Estados Unidos ha servido de lección para los criollos mexicanos, pues los ha obligado a ser menos vanidosos y más realistas respecto de sus propias capacidades.<sup>27</sup> Pero de cualquier manera, este tipo de mexicano se muestra por lo general de buen ánimo, además de ser dinámico y muy proclive a todo tipo de goces. El juego y las mujeres suelen trastornarlo, y junto con él a su familia entera, por lo que no se le puede declarar modelo de moralidad. La vida en familia es el eje de gravedad de sus intereses y actividades; Sartorius decide incluir la descripción de la convivencia familiar en México al tratar precisamente de este grupo social. La holgada existencia de las mujeres mexicanas mencionada por Mühlenpfordt se verifica plenamente en este grupo social. El criollo gusta de vivir con lujo, aunque también suele experimentar drásticos cambios de fortuna, a menudo, por su afición al juego.

Las peculiaridades del carácter criollo, por ende, no pueden ser más distintas que las del indio. Frente a la impasibilidad y hermetismo

<sup>25</sup> De los negros sólo aclara que para esa mitad de siglo ya habrían desaparecido, si no fuera porque algunos, liberados de la esclavitud, emigraron de Cuba y otras islas occidentales para establecerse en puertos mexicanos.

<sup>26</sup> Utilizo aquí la traducción de Condumex (p. 55-56), que reproduce más fielmente el sentido del párrafo original.

<sup>27</sup> Ésta, y la generalidad de las observaciones siguientes, procede del capítulo dedicado a los criollos (x1).

de éste, el criollo destaca por la excitabilidad en todos los sentidos posibles del término. Para el hombre el gran atractivo es el juego; para la mujer, el cigarrito y el chisme. Con tan obvia inclinación al goce no es de sorprender que tanto el uno como la otra encuentren un verdadero deleite en el baile, como Mühlenpfordt sólo lo detectó entre los indios. En contrapartida, la capacidad laboral del criollo es limitada: ni le gusta ni puede trabajar en actividades muy duras o exigentes. Sus verdaderos intereses son la familia y la sociedad, no la propia realización en el trabajo. Una vida social como la suya implica la atención constante a los asuntos de la Iglesia, el teatro y la moda. Las damas criollas tienen, por cierto, la virtud de ser muy agradables en sociedad, y además de este reconocimiento el hacendado prodiga otro a un rasgo básico de la vida familiar criolla, transmitido ya a otros grupos de la población:

Los hijos permanecen bajo la autoridad paterna hasta el momento en que establecen su propia familia; hasta entre las clases laborantes se da el caso de que el vástago deposita en manos de su progenitor sus propias ganancias, o al menos no dispone de éstas sin el consentimiento paterno; esta costumbre, digna de encomio, ha sido adoptada inclusive por los mestizos y es observada estrictamente lo mismo en la humilde cabaña que en el palacio.<sup>28</sup>

Por lo que toca a los mestizos,<sup>29</sup> éstos se caracterizan por un carácter más violento que el del criollo, quien rara vez se deja llevar por sus pasiones al grado de apuñalar o golpear al adversario, y menos aún de tramar una venganza perversa. El mestizo es susceptible, en cambio, de caer presa del afán de revancha y cometer acciones muy reprobables.<sup>30</sup> En consecuencia, si el principal rasgo de carácter del criollo es la excitabilidad, el mestizo se caracteriza por una pasionalidad desatada. Esta última peculiaridad alcanza su clímax en la vida erótica: “En cuestiones de amor, el mestizo es como la pólvora; nada de arrumacos sentimentales ni de suspiros a la luz de la Luna; sólo le satisface la posesión, y para lograr la ansiada conquista no se detiene ante ningún obstáculo.”<sup>31</sup>

El mestizo es también un tipo que ostenta mayor capacidad de trabajo y de adaptación que el criollo. Goza de un sano sentido del realismo.

<sup>28</sup> *Ibid.* (edición Conaculta), p. 135.

<sup>29</sup> A éstos dedica dos capítulos de su libro, XIII y XIV, de los que tomo la información correspondiente.

<sup>30</sup> En *México hacia 1850*, p. 174, refiere lo que un mestizo le contó respecto de su afán de venganza: “Yo ya no comía ni dormía; me vi obligado a buscarlo; me arrojé sobre él y estuve golpeándolo hasta que me sentí aliviado.”

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 175. En las obras de Lucien Biart sobre la tierra caliente toparemos con apreciaciones muy similares (*vide infra*, cap. v).

mo o por lo menos de la capacidad de resistirse al escapismo místico y al fanatismo. Su conducta básica es, por tanto, de pragmatismo y ductilidad. Ya en su apartado dedicado a los criollos resaltaba Sartorius que éstos no se muestran tan apegados a las formas de Iglesia y Estado heredadas, como sus progenitores, los españoles. Esta peculiaridad —virtud para el hacendado— la encuentra aún más definida en los mestizos.

¿Qué principios de sociabilidad encarnan respectivamente los criollos y los mestizos, según Sartorius?

Sin duda, en los criollos descolla la *vanidad* como principio de sociabilidad, manifiesto ante todo en su orgullo por la piel blanca, cuya respetabilidad todavía les permite ocupar posiciones encumbradas en lo social y político. Como Mühlenpfordt, el hacendado sostiene la existencia de una aristocracia del color en México, en virtud de la cual los alcances de la igualdad legal y política se tornan relativos:

las costumbres profundamente arraigadas entre la gente y que son perpetuadas por el lenguaje, no pueden ser eliminadas fácilmente por ninguna ley: por consiguiente, aquí encontramos una aristocracia del color, del mismo modo que en las repúblicas o monarquías de Europa existe una aristocracia de nacimiento. Es precisamente lo mismo.<sup>32</sup>

Tal observación, junto con las ya presentadas de Mühlenpfordt, nos exime de entrar en detalles al respecto. Sartorius solamente añade que el prestigio social de la piel blanca sigue vinculado con la vieja diferenciación colonial entre “gente de razón” y “gente sin razón” y a la idea de que la progresión hacia lo blanco es también hacia la racionalidad. La vigencia de este principio se manifiesta patentemente en que los blancos no forman el grupo visto con más hostilidad por la población morena en general, sino los indios, de quienes desean distinguirse.

El mestizo en cambio, como producto de una mezcla de razas y costumbres, no puede darse más ínfulas que la de ser mexicano. Tal condición determina que no se fije modelos en cuanto al carácter, lo que marca una diferencia significativa con el criollo, proclive a imitar lo español. El comportamiento del mestizo también le parece a Sartorius mucho más masculino que el del criollo, cuya vanidad, nos deja ver, es la causa del relativo amaneramiento que exhibe. Pero no hay que pensar que la originalidad del carácter mestizo implique la renuencia a adoptar costumbres de otros, como las de los mismos criollos. Según este autor, los mestizos encarnan la ambición como principio de

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 118.

sociabilidad y por eso ocurre esa asimilación de costumbres. No luchan por ser precisamente como los criollos, pero sí por ocupar sus posiciones. Sin embargo, como el principio de la superioridad de la piel blanca todavía está vigente, el mestizo consigue su objetivo en forma plena sólo en la medida en que logra acercarse físicamente al blanco.

Tenemos así un cuadro sociológico que atiende tanto a la relevancia de los aspectos raciales como a un carácter nacional incipiente, fundamentalmente mestizo, que surge a contracorriente del viejo principio social segregacionista de la colonia. Los conceptos de criollo y mestizo se ensanchan con esto para adquirir un contenido social, como sucedía ya con Mühlentpfordt, aunque ahora de manera más precisa: cada prototipo lleva un principio específico, que son los de la vanidad y la ambición. Éste es un paso muy importante frente a la explicación del primer autor, cuya descripción de la sociabilidad mexicana no abarcaba una percepción tan aguda de las tendencias actuantes en la sociedad y del dinamismo consecuente. En toda sociedad existen principios de acción encontrados, pues la colectividad humana alberga invariablemente contradicciones. Las apreciaciones de Sartorius sobre la actuación social de los criollos y los mestizos, las formas de carácter resultantes y el triunfo final del elemento mestizo demuestran lo profundamente sociológica que es su percepción en general. Más allá de la observación de los hechos aislados, se trata de precisar impulsos sociales predominantes y la dirección que éstos imprimen al todo.

Otro aspecto sociológico importante de la relación social de Sartorius es su caracterización de los habitantes según el medio que habiten, urbano o rural, de lo que hay trazas desde el primer capítulo de su libro que trata de los pobladores (el x). Esto supone un esquema de contraste no siempre comprobable en este tipo de escritos y de mucha importancia al analizar la vertiente interpretativa del autor. Antes de entrar en ello, sin embargo, conviene hablar de su observación de las principales actividades materiales de los pobladores de México, tras de lo cual será posible continuar con lo relativo a sus miras y proceder sociológicos.

Las ocupaciones señaladas por Sartorius como propias de los criollos y mestizos son básicamente las mismas que las referidas por Mühlentpfordt. Por lo que toca a los criollos, éstos ocupan obviamente las posiciones sociales y políticas más encumbradas: terratenientes, negociantes y miembros superiores de las órdenes religiosas, además de llenar las filas de los funcionarios, médicos, abogados, comerciantes, industriales, propietarios de minas e incluso artesanos. El grueso de los mestizos se ocupa, en cambio, como artesanos, tenderos, arrieros, rancheros y militares, sin olvidar que conforme se aproxima al criollo la

ocupación gana en *status* (magistrados, funcionarios, sacerdotes). Sin embargo, existe una cierta diferencia entre los dos autores alemanes reseñados por lo que toca a la importancia atribuida al mestizo en la productividad del país. Mientras que el hannoveriano suele recalcar mucho la actividad indígena, al grado de dejar ver que los indios mantienen al resto, Sartorius subraya más bien la importancia económica del mestizo. Me inclino a pensar que el hacendado no admitiría la tesis de que la mayor parte del esfuerzo nacional recae en los indios. Los mestizos, nos asegura, también son capaces de realizar trabajos tan rudos como el de cargador de minas, que Mühlenpfordt presentaba más bien como propio de los indios. Los mismos mineros alemanes —asegura Sartorius— no pueden competir con los mestizos mexicanos en cuanto a su capacidad y resistencia en esa labor. Las siguientes observaciones sintetizan su aprecio por el mestizo como agente principal de la agricultura mexicana:

Si se trata del cultivo de cereales, ellos se encargan del arado y de esparcir las semillas, y son también ellos los encargados de la caldera y de la purificación en los ingenios azucareros; lo mismo que de las operaciones relacionadas con la producción y cosecha del tabaco; en suma, todo aquello que requiera inteligencia y buen juicio se deja en manos de los mestizos; en cuanto a los indios puros, sólo ejecutan las faenas toscas de los destajistas. Igual ocurre en la cría de ganado; el aborigen se encarga de ovejas y chivos, en tanto que el mestizo cuida toda clase de animales, sobre todo la cría de bovinos y equinos.<sup>33</sup>

El mestizo mexicano queda así definido como el elemento inteligente en las tareas arduas. Gran distancia hay entre esta definición social del mestizo y la de Mühlenpfordt, quien lo caracterizaba ante todo como el elemento principal de la clase media. Sartorius niega de hecho que en México los mestizos constituyan una clase media.<sup>34</sup>

Sin duda, el rechazo de la tesis de una clase media mestiza en México se relaciona con el hecho de que Sartorius percibe un proceso de mestizaje verificable en todos los niveles sociales y órdenes de la vida. El mestizaje en cuestión no es exclusivamente —y quizá ni siquiera preponderantemente— racial. Ante todo es de costumbres y mentalidad. La movilidad social consecuente determina esa ausencia de rango al estilo europeo que el alemán apuntaba en el pasaje recién citado (*vide*

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 172.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 172-173, dice: “sería impropio decir que el mestizo constituye la clase media de la sociedad porque no se puede hablar de diferencias de rango en México, como las que existen en Europa”.

*supra.*, nota 34).<sup>35</sup> En mi opinión, Sartorius tiene mucha razón: la diversidad de desempeños y situaciones del adaptable mestizo impide poder definirlos en función de su pertenencia a una clase. De esto resulta, naturalmente, la convicción de que la estructura social mexicana es muy distinta de la europea. La única perspectiva bajo la que Sartorius nos presenta un claro contraste social entre el mestizo y el criollo, identificable con división de clase, sería en la identificación del primero con el tipo ideal del medio rural mexicano<sup>36</sup> y del segundo como el del habitante urbano.<sup>37</sup> Con esto la contraposición entre criollo y mestizo se hace triple, pues a la de carácter y principios de sociabilidad añade ahora la de las formas de vida básicas de los prototipos: urbana y rural.

Pasemos a la caracterización de estas dos formas de vida fundamentales, tal como aparecen en el libro de Sartorius.

La mejor expresión de esa vida urbana holgada, tan propia de los criollos, parece ser la existencia cotidiana de las mujeres. En su descripción correspondiente, el hacendado nos presenta a la típica ama de casa criolla:

Una señora algo corpulenta está sentada en la cama a la manera turca, con las piernas dobladas debajo de ella, sobre una orlada piel de tigre, saboreando una taza de chocolate, mientras la doncella, sentada en el piso frente a la dama, sostiene en la mano un platillo de plata sobre el cual hay un vaso de agua.<sup>38</sup>

Al lado de la recámara de esta señora está la de sus hijas, cuyo principal tema de conversación son los jóvenes de la localidad y las perspectivas amorosas que éstos les ofrecen, para lo que la servidumbre sirve de fuente de información muy eficiente. Esta vida femenina de peculiar placidez ostenta un carácter un tanto oriental, pues excluye cualquier actividad útil de la mujer fuera del ámbito doméstico. No por ello, sin embargo, es aburrida: incluye la sagrada observancia de la siesta, del chocolate de las seis, del paseo y de la ida al teatro y a la tertulia. Los hijos, como habíamos visto, no abandonan el hogar paterno hasta estar en condiciones de mantener a su propia familia, por lo que su perma-

<sup>35</sup> Además de lo señalado en la cita anterior, en la páginas 277 de *México hacia 1850*, afirma Sartorius que los agricultores mexicanos no deben ser equiparados a los campesinos de Europa. Su grado de autonomía personal los hace diferentes.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 171: "La clase de los pequeños propietarios y granjeros, los dispersos campesinos y pastores, corresponde prácticamente a los mestizos."

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 129: "Los criollos constituyen el sector principal de la población de las ciudades."

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 131-132.



nencia en el mismo es prolongada y garantiza el entretenimiento de los padres durante buen tiempo.

La tónica de esta vida en las ciudades es de una sociabilidad intensa, si bien articulada por lo general en torno a los lazos emotivos familiares. La afectividad familiar suele extenderse más allá del estricto círculo hogareño para prodigarse también a gente no emparentada. Es en este contexto que se da la costumbre de nombrar padrinos para los niños, en función de la cual Sartorius explica la situación de la beneficencia en México:

En México no existen asilos de huérfanos, ni son necesarios, porque en la ceremonia del bautismo los padrinos se comprometen a hacerse cargo de la criatura si por desgracia perdiera a sus padres. Ésta no es una fórmula vacía como ocurre en Europa, sino que es literalmente observada. No es preciso que las autoridades interfieran en el asunto. Inclusive el padrino pobre va en busca de su ahijado huérfano en cuanto se entera de la muerte de los padres y lo lleva a vivir con él, como miembro de su propia familia.<sup>39</sup>

Lazos como éste del padrinazgo repercuten, pues, en una menor presión social para la creación de instituciones de asistencia. La solidaridad social por la que se canaliza el afecto familiar fomenta la compasión y la filantropía a un nivel general. Los demás grupos sociales de México han adoptado estos principios de sociabilidad criolla, asegura el hacendado, de lo que hubo prueba fehaciente en la disposición general a atender a los norteamericanos heridos durante la guerra de 1847, no obstante los riesgos consiguientes. La integración de la servidumbre a la vida familiar, patente en los hogares criollos de situación desahogada, constituye otro ejemplo notable del tipo de sociabilidad referido.

A la forma de vida rural Sartorius dedica cinco de los últimos capítulos de su libro (xx a xxiv), provistos de una rica descripción de las rudas labores de la agricultura y la ganadería en varios tipos de paisaje. A las virtudes del carácter viril y de la adaptabilidad del mestizo añade ahora la del espíritu práctico y el ánimo de independencia personal. Nada demuestra mejor la existencia de tales cualidades, según Sartorius, que la vida del agricultor, rancharo y pastor de las zonas tropicales y templadas del país. Los rancharos de las tierras calientes de poca altitud, por ejemplo, se las arreglan como nadie para vivir con los esfuerzos más estrictamente necesarios:

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 135-136.

La indolencia de los habitantes de la costa es maravillosa; se sustentan con el producto de unas cuantas docenas de árboles de plátano, y de un pequeño campo sembrado de mandioca y maíz; disponen de excelentes pescados y tortugas gracias a los ríos, y de bosques enteros de palmeras de coco y aceite.<sup>40</sup>

En otro pasaje del libro, Sartorius había hablado ya con mucho humor del *savoir faire* tropical de estos costeros mexicanos, cuyo ingenio para sacar el máximo provecho del mínimo esfuerzo es realmente proverbial. Desde luego que se refiere al jarocho, en quien nuestro autor admira también la constante alegría y disposición a la diversión. El jarocho suele tener su casa en una zona alta, libre de las fiebres y del azote de los animales ponzoñosos y mosquitos, de la que sólo baja para trabajar en su milpa, donde estos inconvenientes sí existen. De esta manera, el carácter indolente de la vida de esta población no excluye una sana movilidad. Esto, junto con su confianza en sí mismo, permite al mestizo rural aplicar el ingenio para conseguir todo lo que quiere.

Las tareas del campo en las regiones de las mesetas son definitivamente más pesadas y diversas que las del jarocho. Ahí, el hacendado y el rancharo practican la cría de animales de manera intensa y extensa, pues las haciendas suelen incluir partes muy pedregosas, áridas o en declive, lo que impide la agricultura. El personal de la hacienda suele ser reducido, de ahí que se tenga que rendir mucho para cubrir los requerimientos del establecimiento. Particular destreza muestran los trabajadores de hacienda encargados del mantenimiento de los caballos y las mulas. Su manejo del caballo es sencillamente notable, y una vez más el hacendado encuentra ocasión de recalcar el valor y la confianza que ostentan: “Pasan la mitad de su vida sobre una silla de montar y su mayor deleite es competir en carreras con otros jinetes, arrojar el lazo y montar caballos y mulas salvajes. Su presunción no tiene límites; nada los detiene, ni caídas ni lesiones, y la rivalidad los empuja a intentarlo todo, por peligroso que sea.”<sup>41</sup>

Volvemos a encontrar el aprecio por la vida esforzada y dinámica, tan contrastante con el que se advierte en las ciudades. Sea que se ocupen en las labores agrícolas o en las de cría y pastoreo (o en las tres), estos mexicanos rústicos viven *en* y *con* la naturaleza, leyendo sus signos, adecuándose a sus ciclos y aprovechando lo que ésta les brinda. La conclusión de Sartorius es que esta gente por nada del mundo cambiaría su

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 290.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 308.

forma de vida. La independencia personal sencillamente no se vende, nos hace ver entre tantos elogios a estos hombres.

Como el lector aprecia, el hacendado no se abstiene de hacer entusiastas juicios de valor cuando se trata de la vida de los rancheros y hacendados de México. Para él forman el grupo social más apreciable del país, “lo más selecto de la población mexicana”.<sup>42</sup> No es un campesinado al estilo europeo, como veíamos, sino lo que él llama la *clase* de los agricultores y ganaderos de México. La gran diferencia radica en que los hombres del campo mexicano gozan de una independencia impensable para el campesino europeo contemporáneo. Como pocos, pueden darse el lujo de despreciar olímpicamente a los burócratas y a los empleados, así como a la generalidad de los demás especímenes criollos de las ciudades.<sup>43</sup>

Sartorius habla con conocimiento de causa cuando trata de esta vida rural. Él mismo, como hacendado, ha sido hombre del campo y beneficiario de esa sana forma de vida. Esta gente no es parásita, gana el sustento diario con el sudor de la frente y sabe resistir la inclinación al juego, que sólo practica en ocasiones especiales. Sobra decir que, según Sartorius, el vicio sistemático del juego, lo mismo que el ocio improductivo y el chismorreo desatado son cosas mucho más representativas de los criollos y la población urbana que de los rudos rancheros y hacendados. Estos últimos, sobre todo los agricultores, se norman por un sentido conservador de la propiedad, al tiempo que el ejercicio diestro de sus capacidades determina, por ejemplo, que socialmente sean mejor vistos que los trabajadores de minas, esclavizados por el juego y el espíritu azaroso. Ya lo dice el habla popular: “[pasar] de labrador a minero, gran majadero; de minero a labrador, gran señor”.

El escrito de Sartorius destaca, pues, frente al cúmulo de obras de autoría extranjera de su época por incluir toda esta ingente observación de actividades del campo, con particular énfasis en el perfil moral del hombre rural, fundamentalmente mestizo. Muchos viajeros y residentes extranjeros de esos años se preocupan por recabar datos estadísticos sobre el monto de las producciones agrícolas mexicanas, su precio en el mercado nacional e internacional, sus índices de ganancias, etcétera; ninguno de ellos, sin embargo, deja plasmada una descripción tan fresca y fundada de lo que es *vivir* en el campo mexicano como este alemán oriundo de Hessen-Darmstadt, aclimatado en la fértil vertiente veracruzana.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 277.

<sup>43</sup> Luis Manuel del Rivero (*México en 1842*, p. 238) confirma que ante todo son los criollos quienes gustan de vivir dependiendo del gobierno, entre otras cosas porque les procura distinciones.

La carencia de una información estadística sistemática al estilo de la contenida en los ensayos de Humboldt y Mühlendorff podría llevar a algunos a pensar que el escrito de Sartorius carece de referencias importantes a la situación económica del país: nada más alejado de la verdad. Sin embargo, su reseña de este aspecto no puede desligarse de esa gran contraposición entre medio urbano y rural que va postulando en sus descripciones, comenzando por lo relativo a la ciudad.

Si bien Sartorius no olvida que el comercio y la industria son por igual actividades urbanas, claramente deja ver que la primera ocupación tiene mucho más auge entre los mexicanos que la segunda. La capital política del país es también su capital comercial, lo que supone todo un sistema de comerciantes al mayoreo que se abastecen en ésta y otras ciudades, para luego distribuir la mercancía a los comerciantes al menudeo del resto del territorio. Al hacendado le importa recalcar que la verdadera vida comercial de México transcurre en las ciudades del interior, no en los puertos, lo que marca una significativa diferencia de aspecto o “fisonomía” —ese término favorito suyo— con países como Cuba o Estados Unidos:

En La Habana es frecuente encontrar reunidos hasta unos 500 barcos; miles de trabajadores se ocupan en las tareas de carga y descarga; en Veracruz y Tampico ocurre lo contrario: nunca se ven juntos más de treinta buques, y es muy frecuente ver a los trabajadores porteños, negros o morenos, haraganear en los muelles, mirando ansiosamente hacia el mar, al atisbo de algún mástil que se asome en el horizonte. Hay mucho más vida en la ciudad misma, gracias a que aún hay suficientes mercancías en las bodegas, ya que largas recuas de mulas llegan del interior para recoger los productos.<sup>44</sup>

Pero este comercio mayorista no es el que impregna de manera más decisiva la vida en México, sino el de menudeo que prevalece en todo el país. Tan le parece a nuestro autor que este último expresa idóneamente las peculiaridades nacionales que, según él, en ninguna situación se distingue tan claramente el mestizo del indio como al estar frente al mostrador de una tienda —y no olvidemos que para él el mestizo encarna la nacionalidad mexicana. En el comercio al menudeo diferencia dos variantes principales. Por una parte están las llamadas tiendas de ropa, que además de vestimenta ofrecen la propia tela; por otra, las pulperías,<sup>45</sup> dedicadas a la venta de abarrotes, licor y demás productos

<sup>44</sup> Sartorius, *México hacia 1850*, p. 216-217.

<sup>45</sup> También se les conocía en la colonia como tiendas mestizas o cacahuateras.

por el estilo. Las dos modalidades suelen aparecer combinadas, lo que supone vender toda una mescolanza de artículos, aunque el hacendado añade aun una tercera modalidad de comercio, el de mercería o quincallería, especializado en productos de costura, adorno y otros parecidos.

El comercio al mayoreo, sin embargo, no carece de importancia, sobre todo por su función en la articulación económica regional, nos hace ver Sartorius. En ciudades grandes como México y Puebla, el almacenero representa un estímulo decisivo para la elaboración de productos agrícolas, textiles, de peletería y cordelería, así como de bebidas alcohólicas. El estímulo consiste en concentrar estos artículos para su ulterior distribución en el medio urbano. Resulta así que hay dos tipos básicos de comercio al mayoreo en México. Uno es el que tanto nos han descrito los historiadores, que capta las mercancías importadas, llevándolas de ciudad en ciudad, para su ulterior difusión al interior. El otro opera en un sentido opuesto, ya que recoge radialmente la producción de la comarca del entorno y la destina al consumo urbano.

Las causas del notable auge del comercio al menudeo en México son sociales antes que económicas, si hemos de atenernos a las afirmaciones de Sartorius. Se trata de una actividad que va muy bien con el espíritu hispánico de frugalidad, de ahí que muchos de los tenderos sean españoles.<sup>46</sup> Los peninsulares emigrados al México independiente, ante todo gallegos y catalanes, se han volcado de inmediato a esa actividad. Por otro lado, el alemán insiste en que al mexicano pocas cosas le gustan tanto como estar inactivo tras de un mostrador y aprovechar la ocasión para platicar con la gente. El negocio en cuestión no está exento de retos, pero si éstos son afrontados con tino las ganancias no serán escasas. Un tendero diestro o su dependiente despacha con prontitud al cliente en turno y entretiene simultáneamente al que espera, además de que aguanta a los impertinentes, ofrece el pilón o el traguito a los parroquianos, despierta la simpatía de las mujeres (la mayoría de la clientela), etcétera. En este tipo de tiendas se suele emplear, como piezas monetarias, la moneda fraccionaria de cobre.<sup>47</sup>

Además de las infaltables pulperías, tiendas de ropa y mercerías, las ciudades mexicanas cuentan con lencerías y vinaterías, sin que sea raro que el propietario de estos negocios también proceda de España.

Veamos ahora lo que Sartorius nos tiene que decir sobre la industria nacional. En su opinión, dadas las altas tarifas aduanales, dicha activi-

<sup>46</sup> Recuérdese, además, que a raíz del reconocimiento de España a México en 1836 se facilitó el retorno de los comerciantes españoles al país.

<sup>47</sup> En los capítulos dedicados a Fossey y Zamacois haré mención de los problemas causados por este tipo de circulante a mediados del siglo XIX en México.

dad sólo ha repercutido en encarecer tremendamente las importaciones de diversos tipos. Como Mühlenpfordt, Sartorius considera que el intento de establecer una industria nacional es absurdo y esgrime razones similares a las de aquél: un país de gran potencial agrícola y minero como México saldrá avante con una adecuada explotación de esos ramos, cuyos productos lo hacen muy competitivo. La consecuencia inevitable del proteccionismo vigente<sup>48</sup> es el auge del contrabando y la carestía desorbitada de los productos más indispensables para todo tipo de labores:

En la actualidad, las herrerías, sobre todo las buenas, son pocas y están muy alejadas unas de otras, de modo que el trabajador que necesita una hacha o un azadón tiene que viajar cuarenta o cincuenta millas para encontrar a un buen herrero. Transcurren cinco o seis días antes de que el hombre pueda regresar a su trabajo, que le representa dejar de percibir tres pesos, que su bolsillo deja de embolsarse, y esto sin contar con los gastos de viaje; por la nueva hacha el trabajador ha pagado de tres a tres y medio pesos, pero con los gastos de viaje le viene saliendo en seis o siete.<sup>49</sup>

Además, la calidad de las herrerías mexicanas no es notable, por lo que nunca se tiene la seguridad de un rendimiento prolongado de la herramienta. La mercancía importada, en cambio, ofrece mucho más garantía desde ese punto de vista. La carestía general de la vida eleva a su vez los altos costos de producción de cualquier mercancía potencialmente exportable, con lo que se cierra un círculo vicioso fatal, difícil de eliminar mientras no se reduzcan los aranceles y los derechos de importación.

Desde luego, Sartorius no puede soslayar el demostrarnos cómo la diestra población rural mexicana se las arregla ya frente a tal situación. El ranchero criador de animales y los trabajadores de las grandes haciendas de bovinos (los vaqueros) salen adelante con sus propias habilidades en todo lo necesario: herrar, curar a los animales, sacrificarlos, etcétera. El gran consumo de carne de bovino en el país les garantiza la salida de su producto, al tiempo que ellos mismos pueden comer este alimento a diario. La proclividad a criar ganado para producir ante todo carne y grasa, dejando de lado otro tipo de productos (lácteos, lana, etcétera), constituye una herencia colonial. Sólo en el caso del

<sup>48</sup> Aunque comenzó en cierto grado con la fundación del Banco de Avío hacia 1830, este proteccionismo se consolidó con el régimen de Anastasio Bustamante, entre 1837 y 1841, y fue continuado por Santa Anna en sus gobiernos posteriores.

<sup>49</sup> Sartorius, *op. cit.*, p. 215.

ganado porcino existe una motivación más clara con fines industriales: la obtención de su grasa, utilizada en panaderías y fábricas de jabón.<sup>50</sup> A los promotores de la industria nacional Sartorius les recomendaría atender más las posibilidades de ramos como estos últimos, en los que no faltaría consumo ni la mano de obra necesaria.<sup>51</sup>

*México hacia 1850* contiene también algunos puntos de vista interesantes sobre la producción agrícola tropical del país.<sup>52</sup> Esta última se ve afectada por la marcada inclinación de los rancheros y ganaderos a criar ganado, actividad segura en cuanto a su mercado y de menos cuidado y riesgo que la agrícola. Otra tendencia común de los mexicanos es a cultivar sólo durante una parte del año, como sucede con el tabaco.<sup>53</sup> De la misma manera que Mühlendorff, Sartorius consigna el hecho de que la producción azucarera se ha reorganizado para el mercado interno, no obstante su aprecio en el exterior, y confirma que los principales centros productivos están en la zona de Cuautla-Amilpas y Cuernavaca. Afanado él mismo en este cultivo, sostiene que la producción de azúcar del periodo independiente no ha igualado a la del periodo colonial. La baja en la producción la atribuye principalmente al abandono de importantes heredades situadas en la tierra caliente, cubiertas ahora de bosques, lo que ha acarreado un encarecimiento sensible del producto. En cuanto a la vainilla, ésta constituye uno de los pocos artículos de exportación distintos del metal precioso, si bien ello ocurre en cantidades limitadas.

Los cultivos de las zonas altas mencionados por el hacendado son los tradicionalmente presentados en todo estudio geográfico de México: maíz, trigo, frijol, haba, chícharo, chile, papa, etcétera. Sartorius sostiene que los dos primeros se cultivan en las haciendas mexicanas en mayor escala que en Europa.<sup>54</sup> Además de las producciones del suelo, estas haciendas

<sup>50</sup> Si bien es cierto que también de la cabra se comercializa un cierto volumen de tripas (para cuerdas de instrumentos musicales), así como de leche (para quesos) y piel (para exportar). *Ibid.*, p. 311.

<sup>51</sup> Aunque también en esto se resiente, desde luego, el problema de las malas comunicaciones: Richthofen (*Die ausseren und innersen politischen...*, p. 261) apunta que la carne se encarece mucho por el transporte, al grado de ser más costosa en las ciudades mexicanas que en las europeas.

<sup>52</sup> Las informaciones ya dadas, como las siguientes, provienen de los seis últimos capítulos del libro de Sartorius.

<sup>53</sup> La cría de cabras, ovejas y carneros, bastante gananciosa para los propietarios, supone asimismo un esfuerzo concentrado en una temporada del año, a fines de la estación de lluvias. En el resto de los meses, la ocupación del pastor es más holgada, además de que cuenta con la ayuda de sus perros.

<sup>54</sup> Lo que se explica, al menos en cuanto al trigo, por el enorme consumo de pan que desde la colonia se hacía en urbes como la ciudad de México. Sobre esto puede verse, de Virginia García Acosta, *Los panaderos, sus dueños y trabajadores. Ciudad de México. Siglo XVIII*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1989, p. 7 y 17.



suelen contar con molinos para enviar la harina a las ciudades y devengar así un ingreso importante. De las producciones de las mesetas, sólo la cochinilla le parece a Sartorius un artículo relevante de exportación, aunque ya con Mühlenpfordt veíamos los inconvenientes de ese ramo.

Sartorius confirma la observación de Mühlenpfordt de que uno de los factores básicos para entender la situación económica de México en general es la falta de mano de obra. Tanto en la agricultura como en la ganadería, los propietarios afrontan el problema de la gran carencia de brazos, de lo que resulta la imposibilidad de emprender las explotaciones agrícolas extensas que permitirían a México erigirse en auténtica nación exportadora. Los hacendados están atentos a contratar el trabajo de indígenas en sus propias aldeas, y estos últimos sólo lo emprenden tras de haber cosechado lo propio en sus parcelas. De cualquier manera, este autor no deja de apreciar las grandes capacidades laborales de los pequeños propietarios y granjeros (arrendatarios), es decir de los rancheros, sin perder de vista que las dificultades de México para exportar son más atribuibles a la política proteccionista que a la falta de una población con el empuje o destreza necesarios. Con herramientas y bienes de capital más baratos podrían ponerse en marcha empresas agrícolas significativas, como la del azúcar, necesitada de instalaciones costosas. Por otra parte, el impulso a formar haciendas y heredades gigantescas, imposibles de explotar en toda su extensión y necesitadas de arrendamientos, constituye otra costumbre originada en el periodo español que deja sentir aún sus efectos.

El comercio y las actividades productivas del campo son, en consecuencia, las áreas económicas a las que más párrafos dedica este autor. Preciso es señalar, sin embargo, su mención de otros aspectos de relevancia económica en el ámbito urbano. Una vez más destaca su capacidad de percibir las tendencias contradictorias de la sociedad mexicana, como lo muestra el pasaje siguiente, relativo a los hábitos de consumo:

Una característica del mexicano consiste en que no muestra preferencia sino por lo mejor de todo. Esto se observa claramente en el comercio. Los buenos relojes de oro siempre están en demanda, en tanto que los plateados, aunque sean baratos, no son solicitados. En el mercado sólo se ofrecen finas telas de lana y nadie muestra preferencia por las baratas y las de lana burda. Si no puede la gente comprar finísimas medias de seda, mejor no compra ninguna, y los ceñidores de seda bordada son vistos con más complacencia que los de algodón, por más que éstos sean más nuevos.<sup>55</sup>

<sup>55</sup> Sartorius, *op. cit.*, p. 194-195.

Una actitud como ésta no contribuye, desde luego, a fomentar la industria nacional, cuyos productos son de calidad muy inferior a la de las manufacturas de los países más desarrollados. Aunque no lo subraye explícitamente, es obvio que el hacendado menciona aquí una nueva razón contra el plan de industrialización por la vía del proteccionismo. En una situación como ésta sólo el contrabando obtiene un beneficio rotundo.

Pero Sartorius, como Mühlenpfordt, se interesa ante todo en relacionar la situación económica de México con la social. En esto resulta de primera importancia su constatación del surgimiento de una nueva clase acaudalada, diferente de la de los viejos aristócratas coloniales, encumbrados mediante el comercio y las explotaciones mineras. Los nuevos empresarios están dedicados a las actividades especulativas —bursátiles y mercantiles— y al cambio entre las ciudades, así como a otras actividades dinerarias, con las que han conseguido opacar a los antiguos señorones coloniales. Es obvio que se trata de los llamados agiotistas, quienes, a diferencia de los Fagoaga, Romero de Terreros, La Borde, Obregón, Romero, Flores, etcétera, han evitado la tentación del juego y del despilfarro. Estos nuevos ricos han ido haciéndose de las propiedades de los viejos aristócratas.<sup>56</sup>

Abordemos finalmente lo que este autor nos dice sobre la minería. El lector que leyera aisladamente el último capítulo de *México hacia 1850* creería encontrar en él un mero eco de las ideas de Humboldt y Mühlenpfordt sobre la función dinamizadora de la minería para los demás sectores de la economía mexicana. Como ambos predecesores, el hacendado señala el papel estimulante de la minería para la agricultura, el comercio y demás ramos económicos. Sin embargo, el carácter aparentemente repetitivo del pasaje queda descartado con sólo incorporarlo a su marco de contrastes entre medio urbano y rural. Sartorius nos hace ver que la minería importa ante todo por haber sido el puente entre esos dos ámbitos fundamentales de la vida en México durante tres siglos, con lo que advierte no sólo la gran importancia económica de esa actividad sino también su función de cohesión social.<sup>57</sup> De esta manera, pese al

<sup>56</sup> Observación que no deja de recordar a la de la marquesa Calderón de la Barca (*La vida en México*, p. 62), quien habla de la sustitución de la vieja aristocracia, acostumbrada a las maneras cortesanas de la colonia, por un grupo de nuevos ricos integrado por militares revolucionarios, ambiciosos y vulgares. Sin embargo, Sartorius parece referirse ante todo a gente como los Martínez del Río, estudiados por David W. Walker en *Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México, 1823-1867*, México, Alianza Editorial, 1991.

<sup>57</sup> También Mühlenpfordt había notado la cohesión social fomentada por la actividad minera, si bien sólo en cierta fase del periodo colonial, cuando el sistema de avíos incorporaba a gente de distinta condición social que obtenía beneficios repartidos de la misma. Véase su *Ensayo*, t, p. 349.

bajo perfil moral del trabajador de minas mexicano (estafador, vulgar, despilfarrador, apostador, arrogante),<sup>58</sup> el autor constata que se trata de la actividad productiva más decisiva en la organicidad social:

Ningún tipo de trabajo está tan perfectamente calculado como el de la minería para reunir a las diferentes clases de la sociedad. El tráfico y el comercio, la agricultura y la cría de ganado aparecen primero como oficios subordinados, con objeto de ofrecer a la población que trabaja en las entrañas de la tierra los productos necesarios para la vida. Sin embargo, son los mineros quienes generan el *nervus rerum* que, como poderoso imán, atrae y vivifica. Finalmente llegan las artes y las ciencias ofreciendo a la masa informe una civilización, poniendo orden en el caos, inyectando espíritu en lo que hasta entonces sólo era materia. Brotando de la noche a la mañana como un enorme hongo, la ciudad minera nos ofrece una imagen de la vida orgánica de la sociedad humana que en otras partes se desarrolla más lentamente, pero siempre de acuerdo con las mismas leyes.<sup>59</sup>

Debo añadir que en opinión de Sartorius la producción minera del México independiente ha superado ya en sus rendimientos anuales a la del periodo colonial.<sup>60</sup> Desde el reciente descubrimiento de las minas de mercurio en California, subraya, este producto se ha conseguido a precios inferiores a los habituales desde la consecución de la independencia del país: a 45 o 50 dólares en vez de los 120 o 130 en que lo vendía el importador anterior, la casa londinense Rothschild. En tales condiciones, nos permite concluir, la minería mexicana seguirá recuperándose y cimentando la articulación social.

Al reseñar las observaciones sociales de Mühlendorff señalé su clara conciencia de la transición de una sociedad marcada por la herencia colonial a una nueva, cada vez más reacia a la tutela social del clero. Para el hannoveriano esto era natural y deseable en una época caracterizada por

<sup>58</sup> El minero mexicano, dice Sartorius, sólo piensa en su oficio, por lo que procura vencer —o engatusar— a los comerciantes y demás capitalistas para que inviertan siempre en su ramo.

<sup>59</sup> Sartorius, *op. cit.*, p. 209 de la edición de Condumex, que traduce más fielmente este pasaje. Lo relativo al espíritu que da forma a lo que era pura materia confirma que este autor asume el dualismo de causas físicas y morales postulado por Humboldt (véase la introducción de este libro).

<sup>60</sup> Pero si nos atenemos a la información estadística relativa a la producción minera mexicana de esos años, esto no es del todo cierto. Cf. José Ruiz de Esparza, "La producción minera del siglo XIX", en *Minería mexicana*, México, Comisión de Fomento Minero, 1984, p. 307, en que se deja ver que la total recuperación comenzó por la década 1860-1870.

el afán de ilustración y de mejoramiento social. El ideario social de Sartorius no refleja un sentido histórico comparable al del otro alemán. Su visión recalca más que nada la organicidad de la sociedad mexicana, y esto mediante una narración que excluye la referencia continua a datos o situaciones de la historia.<sup>61</sup> De los autores reseñados en el presente volumen, Sartorius es sin duda el más puramente sociólogo, si por tal tomamos a quien ante todo se propone mostrar el carácter orgánico de una sociedad.<sup>62</sup> Conforme ha ido presentando escenarios concretos de la vida mexicana (el hogar, la iglesia, la calle, la milpa, etcétera), el hacendado los ha subsumido gradualmente en dos ámbitos fundamentales: el campo y la ciudad. Mostrar el entrelazamiento de los mismos mediante la minería fue el sentido de las últimas líneas de su libro (citadas dos párrafos arriba), que por tanto no sólo pusieron punto final a una descripción de costumbres específicas sino a una cierta teoría social expuesta al mismo tiempo. La gran conclusión es que toda sociedad cuenta con una actividad básica cohesionante y vivificante, y que detectar ésta es detectar la piedra de toque de la fisonomía del organismo social.<sup>63</sup>

De esta manera, aunque no ignora los fuertes contrastes entre los diversos tipos humanos, la aproximación de Sartorius es a fin de cuentas sintética, con énfasis en lo que infunde vida al conjunto social. Pero esa índole sintética no sólo se manifiesta en el sentido de la organicidad social, sino aún más decisivamente en un tipo de percepción social que remite en mucho a aquella noción montesquiana de un espíritu general de la nación.<sup>64</sup> En adelante me propongo mostrar ciertas observaciones de Sartorius que revelan en forma muy evidente esa similitud de percepciones. Recordemos que con la expresión “espíritu general de la nación” el ilustrado francés aludía al inconfundible estilo con que los miembros de una sociedad realizan sus actividades, reconocible hasta en los más nimios detalles de la vida cotidiana. Pues bien, en el texto de Sartorius aparecen tres aspectos clave que nos muestran ese estilo concreto del mexicano, tras del cual late ese espíritu nacional del que habla Montesquieu.<sup>65</sup>

<sup>61</sup> Mientras que en el capítulo vi del primer volumen del *Ensayo* de Mühlensfordt y en las descripciones por estados del segundo abundan las informaciones históricas.

<sup>62</sup> Recuérdese, por ejemplo, la importancia de la organicidad social en un Comte. Cfr. Aron, *Main currents in sociological thought 1*, p. 67.

<sup>63</sup> Este interés fisonómico lo emparenta, desde luego, con Humboldt, a quien se le conoce como un “morfólogo intuitivo”, muy al estilo de Goethe (sobre esto, Juan A. Ortega y Medina, “Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje”, *Historia Mexicana* 99, v. xxv n. 3, 1976, p. 435-436). Sartorius traslada el paradigma morfológico del estudio de las plantas al de la sociedad.

<sup>64</sup> Sobre este concepto, véase la introducción.

<sup>65</sup> Sartorius no presenta explícitamente estos rasgos como ejemplo de un espíritu nacional. Que corresponden a lo que Montesquieu designaba de esa manera es inferencia mía.

El primer aspecto clave se relaciona con el humor e ingenio mexicanos,<sup>66</sup> excelentemente captado en las referencias de Sartorius a la manera de despachar en el comercio al menudeo, así como cuando describe la forma de vida del lépero, ese personaje infaltable en este tipo de obras. Por las descripciones del hacendado notamos que el mexicano es un hombre que acostumbra trabajar, relacionarse y divertirse con un ingenio marcadamente burlón que en ocasiones tiende a lo desconsiderado. Los tenderos y sus dependientes suelen lanzar comentarios descarados a los parroquianos, al grado de poner en ocasiones de mal humor a los varones, por más que con las mujeres se muestran un poco más respetuosos. En cuanto a los léperos, quienes para sobrevivir optan por el hurto y no un negocio honrado, ellos también exhiben un estilo muy pícaro, del que no se abstienen ni en las ceremonias religiosas:

Se les conoce por las excesivas muestras de piedad y mortificación, pero nada se les escapa a sus ojos de lince aunque simulen estar ocupados exclusivamente en sus plegarias, con el devocionario en las manos. Resulta que el brazo es falso: la mano que sostiene el libro de oraciones es de cera, en tanto que debajo del capote opera libremente con ambas manos, como el más ágil prestidigitador.<sup>67</sup>

Otra conducta “lépera” en que se manifiesta nítidamente esta forma de ser es la de los robos de capas de transeúntes a distancia, si bien en este caso los pícaros se encaraman a las azoteas y desde ahí lanzan un anzuelo que, como en magia, hace desaparecer la prenda frente a una audiencia muy divertida:

En cierta ocasión, al salir del teatro, vi cómo una capa salía rápidamente en dirección a las alturas, y el desventurado terrícola, al sentir que aquélla abandonaba sus hombros, saltaba desesperadamente, estirando ambos brazos y profiriendo maldiciones por su mala suerte, y fue todavía peor la sinfonía de risotadas y burlas de los mirones. Antes de que fuera posible encontrar un policía y registrar la azotea, el ladrón ya había escapado.<sup>68</sup>

Un segundo elemento de la vida cotidiana que Sartorius transmite de manera muy coherente y articulada es el ingrediente erótico con que el mexicano suele sazonar su existencia. Esto implica, desde luego, una serie de comportamientos muy alejados de las normas sociales de de-

<sup>66</sup> Rasgo también registrado por Brantz Mayer, *México, lo que fue y lo que es*, p. 376.

<sup>67</sup> Sartorius, *op. cit.*, p. 246 (edición de Conaculta).

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 251.

cencia. Nada más común que los continuos intentos de seducción de las doncellas, así como los raptos de novias y matrimonios fraudulentos porque el cónyuge ya estaba casado. Como el humor descarado, este rasgo es perceptible ante todo en los mestizos. Pero esta desmesura de la pasionalidad erótica mexicana implica que en los mismos hogares criollos tengan los padres que mantener la vigilancia de las hijas. Al mexicano parece caracterizarlo, pues, un apetito erótico formidable, casi equiparable a las tremendas fuerzas que se manifiestan en los temblores, erupciones y demás fenómenos telúricos del país. Con base en lo anterior, es un hecho que el hacendado no avalaría las afirmaciones de quienes, siguiendo la cuerda de Buffon y De Pauw, retratan a los mexicanos como seres desprovistos de pasión. Pocas veces se han visto, nos diría, pasiones tan volcánicas como las de estos erotizados mexicanos.

Probablemente esta erotización de la vida nos explica el amoldamiento de la mujer mexicana a los intereses y valores del varón, un hecho que Sartorius menciona por lo menos un par de veces en su libro. Éste advierte también que si el hombre forma parte de algún gremio profesional particularmente desmoralizado, como el de los mineros, su mujer ostentará esa misma bajeza moral, con graves consecuencias para sus hijos, que no obtendrán la educación y formación de carácter que podrían cambiarles el horizonte de vida. Tengo la impresión de que Sartorius admitiría que esta dependencia moral de la mujer respecto del varón constituye un obstáculo tanto para la difusión de las luces como para una ética sexual más honesta, capaz de poner en su límite a la vanidad masculina.

El tercer rasgo fundamental del estilo o espíritu nacional se relaciona con las principales fiestas religiosas. Nada debe sorprendernos el interés por este tema en quien sostiene que “en todas las naciones, las festividades populares tienen íntima relación con los ritos religiosos. Tales ocasiones ofrecen la mejor oportunidad de estudiar las maneras y costumbres de un país”<sup>69</sup>.

Y bien, el hacendado registra como peculiaridad notable del indígena mexicano la pervivencia de un sentido de culto a la naturaleza, manifiesto en su amor a las flores. Sin embargo, no es eso lo que más significativamente expresan las fiestas religiosas de México en general. Lo que distingue a los mexicanos frente a los demás pueblos es la ausencia de un sentimiento lúgubre frente a la muerte, situación que se expresa muy claramente en su manera de observar la fiesta del día de muertos. La unión de la fiesta de todos los santos y la de los muertos,

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 262.



aceptada por los evangelizadores cristianos, responde a una tradición tolteca, asumida a su vez por los aztecas y asimilada por los mexicanos actuales, asegura Sartorius. Que el mexicano no se amargue por el carácter inexorable de la muerte y las consecuencias de ésta para sus hijos, puede deberse, según el hacendado, a frivolidad o a indiferencia. Lo decisivo, sin embargo, es que “a los ojos del pueblo, la muerte no parece tan tenebrosa ni funesta; que la tristeza por los que se van no absorbe todos los deleites de la vida”.<sup>70</sup>

Si se asume esta peculiaridad de la existencia humana en este país, resulta mucho más comprensible la marcada placidez que, según Sartorius, impregna la cotidianeidad mexicana, al menos en las ciudades. Nuestro autor, sin embargo, se abstiene de hacer esta reflexión, que yo me tomo la libertad de formular:

Humor e ingenio crueles, impulso erótico avasallante e imperturbabilidad ante la muerte destacan de tal manera en la descripción de Sartorius sobre los mexicanos que bien podemos tomarlos como los rasgos fundamentales de una forma de ser. Las observaciones del hacendado significan una aportación innegable a la comprensión decimonónica de la sociedad mexicana, lo que se hace patente si atendemos a lo logrado por Mühlenpfordt en este renglón. Lo que en el *Ensayo* de este último más se aproximaba a los rasgos de un espíritu nacional, con proyección en lo social, eran la marcada afición a las apuestas y el sentido de moderación en los hábitos cotidianos. El hannoveriano, sin embargo, no presentaba una síntesis de estas peculiaridades, que apuntaban, por cierto, a direcciones distintas. Sartorius se muestra capaz de obtener dicha síntesis, acaso por su interés básico en la influencia geográfica como factor conformador del todo social.<sup>71</sup> La poca inclinación mexicana a las reuniones sociales en círculo íntimo o la alcahuetería constante de parientes y amigos, comportamientos ya registrados por el hannoveriano, resultan más comprensibles desde que quedan enmarcados en ese estilo nacional de hacer las cosas detectado por Sartorius.

Sólo me restan algunas conclusiones sobre la orientación sociológica general de Sartorius y sus aportaciones al estudio de la historia social mexicana del siglo XIX.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 273.

<sup>71</sup> Al explicar los contrastes entre el criollo y el español, Sartorius confiesa su certeza de que las costumbres mexicanas han sido marcadas por el efecto del clima y del suelo a lo largo de los tres siglos de colonización española. *Ibid.*, p. 136.



El lector habrá notado que el hacendado transita por vías diferentes de las del pensamiento social decimonónico más difundido. Así, por ejemplo, aunque coincide con Comte en el énfasis en la organicidad social, también es un hecho que su interés y su aprecio por las formas de vida rurales resultan sencillamente inconcebibles en el “padre de la sociología” y muchos otros pensadores influyentes de esos años. Más notable aun es esa poca atención que Sartorius presta al aspecto de la articulación jerárquica por clases, lo que lo distingue de Mühlentpfordt y demás autores presentados en este volumen. De hecho, en el prólogo a *México hacia 1850* aclara Sartorius que vivir en México ha sido para él como pertenecer a una familia, y digno es de recalcarse que los grupos sociales más apreciados por él, como el de los rancheros y hacendados, aparecen descritos más como si fueran familias que clases,<sup>72</sup> a pesar de que varias veces utiliza esta última terminología. ¿Cómo se explica todo esto?

Muy significativas me parecen las similitudes constatables entre el interés sociológico de Sartorius y el de algunos teóricos sociales alemanes de esa misma época. Particularmente revelador me parece el parecido en ciertos aspectos con Wilhelm H. Riehl,<sup>73</sup> el autor que desde mediados del siglo XIX dio la expresión más cabal a la reacción particularista de los estados alemanes del sur contra la ofensiva unificadora prusiana iniciada en 1848.<sup>74</sup> Sin tener la intención de establecer un paralelo absoluto entre sus posiciones, juzgo conveniente mostrar la coincidencia en aspectos centrales de su ideario social.

Uno de los rasgos notables de la sociología de Riehl es el aprecio que éste muestra por la población rural y su función conservadora ante el constante impulso a la transformación representado por la burguesía y el proletariado (“las fuerzas sociales del cambio”).<sup>75</sup> En Sartorius hemos encontrado elocuentes alabanzas al sano sentido conservador de la propiedad exhibido por los rancheros y hacendados mexicanos, así como un cierto

<sup>72</sup> Al hablar de los criollos ya he mostrado los alcances de la sociabilidad familiar entre ellos.

<sup>73</sup> Autor de *Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Sozialpolitik* (1853-1869), es decir, *Historia natural del pueblo como base de una política social alemana*, compuesta por cuatro volúmenes.

<sup>74</sup> Como se recordará, en 1848 inició el proceso político para reorganizar constitucionalmente a los estados alemanes —congregados hasta entonces en una Dieta— en un único Estado nacional. Aunque el intento fracasó, desató las ambiciones prusianas de encabezar la unificación bajo la propia hegemonía.

<sup>75</sup> De este autor, la obra más reveladora de sus posiciones teóricas es *Die bürgerliche Gesellschaft*, uno de los cuatro volúmenes de la ya citada *Naturgeschichte* o *Historia natural*. El escrito ha sido reeditado, con un amplio prólogo de Peter Steinbach sobre la sociología de Riehl, por Ullstein (Frankfurt a. Main, Berlín, Viena, 1976). Hay traducción española de esta última edición: *La sociedad burguesa*, Barcelona, Península, 1985.

desdén por los modos de vida urbanos, más viciosos que los del campo. Ambos autores coinciden en el elogio de las virtudes de la vida rural frente a la urbana, que se mueve por el espíritu especulativo, el cosmopolitismo absurdo y el filisteísmo burocrático. Esa superioridad de la moralidad (*Gesittung*) rural la atribuye Sartorius particularmente a los rancheros, quienes son una auténtica vanguardia en la colonización del inmenso territorio mexicano.<sup>76</sup> También es patente en este autor una visión de la sociedad muy al estilo de la estamentaria de Riehl, quien sostiene que la *Gesittung* adquirida por la condición propietaria y laboral nos da la clave del grado de articulación entre los grupos sociales.<sup>77</sup> El hacendado recalca el armonioso entendimiento entre granjeros, rancheros y hacendados de México, cuyo perfil moral tiene como soporte básico el sentido conservador de la propiedad.<sup>78</sup> Por muchas diferencias en ilustración y riqueza que puedan registrarse entre un próspero criollo dedicado a su hacienda y un sencillo ranchero mestizo, Sartorius los encuentra siempre más afines en lo moral que a ese mismo ranchero y un lépero de la ciudad. Así, su alusión a los agricultores y ganaderos como una clase muy cohesionada (*estamento* diría Riehl) se justifica plenamente.

Lo anteriormente señalado confirma lo ya dicho en cuanto a la importancia decreciente del aspecto racial para entender a la sociedad mexicana. Si atendemos a la dicotomía de Sartorius entre medio urbano y rural, resulta que un mestizo de la ciudad puede llevar una forma de vida enteramente criolla. El enfoque sociológico se va así imponiendo de manera evidente al tratar los aspectos humanos de México. Realmente sorprende que la importancia concedida por Sartorius a las realidades del orden moral sea ignorada en comentarios recientes sobre su escrito, y todo por develar una supuesta motivación económica fundamental que nos daría la clave de su visión.<sup>79</sup> Resaltar la organicidad física y moral del país, con toda su variedad paisajística y humana, es lo que realmente interesa a este autor, no la justificación del sistema capitalista ni la formulación de prejuicios de clase.<sup>80</sup> La fisonomía moral de

<sup>76</sup> Resalta Sartorius que los criollos y sobre todo los mestizos son mucho más capaces de soportar la soledad de las grandes comarcas que los indios.

<sup>77</sup> De lo que resulta precisamente un conjunto social integrado por estamentos (*Stände*). Riehl habla de cuatro estamentos: la nobleza, la burguesía, el campesinado y el proletariado. En cuanto a su idea de la articulación social, Riehl, *op. cit.*, p. 276.

<sup>78</sup> Y de manera parecida encuentra Sartorius una semejanza profunda entre todos los proletarios de México en cuanto a su bajo nivel moral, sean mestizos o criollos decadentes (léase su capítulo XVIII).

<sup>79</sup> Como da a entender Brígida von Mentz en el estudio preliminar a la edición de Conaculta aquí utilizada.

<sup>80</sup> *Cfr. México hacia 1850*, p. 186-187, en que Sartorius critica los prejuicios antisemitas y de clase. En una visión social que tiende a lo estamentario, como la suya, la articulación vertical de clases ("diferencias de rango") pierde importancia frente a la horizontal.

la sociedad mexicana y la lógica igualmente moral de su articulación por grupos tienen obvia prioridad en su descripción.

Un último aspecto común al interés sociológico de Riehl y Sartorius es la incorporación del paisaje —y la fisonomía urbana— como marco de referencia imprescindible para una descripción de las conductas sociales y las expresiones culturales. La primera parte del libro de Sartorius está dedicada a mostrar las peculiaridades del medio natural mexicano con el fin de poder situar después los tipos humanos en su contexto físico, al tiempo que su descripción de la ciudad mexicana parte del carácter románico (como contrapuesto al germánico) que ostentan. La contraposición de culturas románica y germánica tiene así cabida en el escrito del hacendado, sin incurrir por cierto en la inclinación pangermanista de otros autores de esos años.<sup>81</sup> De cualquier manera, sí afirma Sartorius que el sentimiento de la naturaleza o de la muerte pervive entre los pueblos tal como se manifestaba en su etapa pagana,<sup>82</sup> con lo que toca uno de los motivos favoritos de los pangermanistas posteriores. La obra de Sartorius exhibe, por tanto, una cierta vena etnológica o de *Volkskunde*,<sup>83</sup> lo que nos recuerda la mutua fecundación de perspectiva etnológica y sociológica ocurrida en esos años, como lo ejemplifica el caso del ya citado Riehl o el del historiador Jules Michelet.<sup>84</sup>

Dados los parecidos entre ambos autores, ¿debemos pensar que Sartorius leyó las obras de Wilhelm H. Riehl? En mi opinión, más que de un conocimiento directo de los escritos de Riehl por Sartorius procede hablar de una convergencia del enfoque del hacendado con el que venía desarrollándose en la corriente de la llamada *geschichtliche Landeskunde* (estudio histórico regional), consolidada en Alemania a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.<sup>85</sup> Esta corriente exaltaba la importancia del paisaje y de la adecuación de la cultura local al mismo. Por unir esa perspectiva regional con la sociológica y etnológica, y esto desde una posición profesoral, Riehl impulsó esa modalidad de estudio, que de cualquier manera tardaría todavía un poco en ser plenamente aceptada por el medio académico alemán.

Ahora bien, ¿cuáles son las principales contribuciones de Sartorius al conocimiento de la sociedad mexicana decimonónica?

<sup>81</sup> Como Friedrich Ratzel en su ya citado libro *Aus Mexico*, de 1878.

<sup>82</sup> Patente en fiestas como las de los carnavales, de Navidad, etcétera.

<sup>83</sup> El lector entiende ahora por qué cuestiono la afirmación del propio Sartorius en cuanto a que su obra no tiene mayor relevancia etnológica.

<sup>84</sup> Por ejemplo, en su famoso libro *El pueblo (Le peuple)*, publicado en París en 1846.

<sup>85</sup> Como lo muestra Alois Gerlich, *Geschichtliche Landeskunde des Mittelalters. Genese und Probleme*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1986, p. 75-76, la obra de Riehl vino a continuar y a enriquecer un tipo de historia cuyo interés es el estudio de lo social en función de unidades espaciales.

Como aportación más evidente habría que mencionar, desde luego, su amplia relación de las condiciones de vida del hombre rural mexicano. No sólo se trata de un acercamiento inexistente en los otros escritos de autoría extranjera sino en la misma producción mexicana de esos años, inclinada a debatir cuestiones como la de la importancia política y social del clero o las causas de las revoluciones y crisis nacionales.<sup>86</sup> Sólo quien había compartido labores e intereses con el conglomerado rural, como Sartorius, podía emprender una descripción de este tipo. Congruente por otra parte con la idea de Humboldt de que la verdadera riqueza de México reside en su agricultura, este autor pudo ofrecer abundantes datos sobre las condiciones materiales y morales que exigía la actividad rural de México hacia esos años.

Pero más allá de la aportación meramente informativa, estimo que la obra de Sartorius es valiosa como un muestrario de ciertas actitudes sociales que con el tiempo se convertirían en auténticos rasgos de la cultura nacional, toda vez que dejaron de estar confinados a grupos sociales específicos: la vanidad del criollo, la desorientación del mestizo, el ensimismamiento indígena, etcétera. En Mühlentpfordt veíamos la conciencia de la “criollización” y la “mestización” de los indígenas socialmente próximos (por riqueza o trabajo) a los otros tipos básicos de la población mexicana, con lo que el hannoveriano hacía justicia al factor de síntesis cultural como un puente entre sectores de distinto origen étnico. Sartorius, al señalar hechos como las raíces paganas de la fiesta de muertos, transita más bien en sentido opuesto: detectar el componente indígena en las expresiones etnológicas sedimentadas con el tiempo. Además de lo anterior, la continua atención al marco físico de las actividades materiales le permite abrir horizontes de tipo antropogeográfico,<sup>87</sup> relativos a la transformación de la naturaleza por el hombre (cultura material) y al impacto geográfico en la configuración moral e intelectual del pueblo (cultura espiritual).<sup>88</sup> Ninguna otra relación social de esos años parece ofrecer un ensamblaje tan cuidadoso de estos dos aspectos, ni un trazo tan orgánico de las formas de vida en México, como la de este antiguo rebelde político alemán convertido en colono del Nuevo Mundo.

<sup>86</sup> Me refiero a los escritos de José María Luis Mora, Tadeo Ortiz de Ayala, Mariano Otero, Lorenzo de Zavala, Lucas Alamán, etcétera.

<sup>87</sup> Es decir, de geografía humana.

<sup>88</sup> Esta temática sería continuada por Ratzel en *Aus Mexico*.